

Por la escuela neutra

E.
MIRET
MAGDA
LENA

HAY muchos que todavía se asustan del solo nombre de escuela neutra. Bajo esa denominación ven no sé qué ocultos manejos hipócritas para desmontar la fe cristiana y hacer propaganda de posturas antirreligiosas.

Sin embargo, en Estados Unidos hace ya veinte años se decidieron varios obispos católicos y líderes seculares de apostolado a hacer una campaña para suprimir las escuelas católicas en muchos lugares.

Monseñor Alter, arzobispo de Cincinnati (USA), anunció en esas fechas que "todas las escuelas católicas de su archidiócesis cerrarán sus clases de los cinco primeros cursos elementales". Y la señora Mary Perkins Ryan, conocida propagandista católica del "Movimiento Litúrgico" de los Estados Unidos, apoyada por un profundo estudio sociológico realizado por el famoso sociólogo de la Universidad Católica de Loyola, padre Fichter, S. J., llegaron a la conclusión que "las escuelas católicas podrían ser suprimidas para el mayor bien de la Iglesia". Y la enseñanza religiosa escolar debía reemplazarse por "un intenso programa de formación litúrgica en la iglesia y el hogar" (Informations Catholique Internationales, número 213).

El procedimiento escogido por estos líderes católicos para transmitir los valores religiosos era el mismo que durante tantos siglos del comienzo del cristianismo había dado tan buenos resultados: "La participación activa en la vida litúrgica era, de todas formas, el modo más excelente para recibir los conocimientos religiosos necesarios", como dice que ocurría entonces el famoso especialista en catequética padre Jungmann, S. J. Y es que la "liturgia tenía formas todavía diáfanas" y, por eso, era significativa y un buen medio educativo de la fe y moral religiosas.

La enseñanza de la fe tiene su ámbito propio de desarrollo: el de las reuniones eclesiales, como aseguran a una los obispos franceses y nuestros obispos del Norte en sus pastorales sobre la enseñanza de la religión. Lo demás es ciencia-ficción: creerse que se transmite una cosa íntima por un procedimiento automático y formalista es inadecuado, porque no favorece el conocimiento vital del cristianismo. Así ocurre como dice el teólogo de la catequesis padre Halbfas: esta enseñanza religiosa separa a los jóvenes del catolicismo, porque "el joven se decide por la vida y arroja por la borda las sentencias religiosas" que le inculcan con frases "retóricas y ampulosas". Y no sólo ayer ocurría esto con procedimientos anticuados, sino

también hoy con otros procedimientos más modernos. La experiencia negativa que han tenido muchos enseñantes católicos de colegios religiosos es bien patente. Esa es la razón por la que se encuentran en crisis muchos religiosos y religiosas católicas, que tienen vocación para la enseñanza, y, sin embargo, hoy cierran sus colegios católicos ante el fracaso que han tenido en la expansión y transmisión de una fe personal.

Por eso muchos católicos queremos para el futuro una escuela neutra, siempre que se entienda bien este calificativo y no volvamos a una postura negativamente anticatólica, como ocurrió, por ejemplo, en los períodos del laicismo liberal francés.

Un obispo francés, monseñor Gouyon, hace años hacía esta observación serena y objetiva: "La reflexión pastoral lleva a muchos sacerdotes y laicos, en países cristianos, a prestar atención al hecho de que la inmensa mayoría de los jóvenes bautizados se educan hoy en escuelas cuyo estatuto oficial es neutro". Y aceptan sin partidismo esta realidad nueva del panorama educativo porque comprueban un hecho importante: "Que tal neutralidad se convierte generalmente en un mayor respeto por los valores religiosos", aunque en algún lugar, excepcionalmente, "se señalen reacciones partidistas", lo cual no invalida el hecho positivo fundamental. Y atribuye este obispo tal "progreso del espíritu tolerante" a "la presencia, en las diferentes escalas de la enseñanza estatal, de numerosos profesores católicos" que han sabido dar esta tónica. Para los jóvenes de familias auténticamente católicas es incluso un estímulo este ambiente neutro, porque es "un modo de fortalecer las convicciones de los jóvenes católicos comprometidos con el mundo", ya que se sentirán, si son conscientes, en "la necesidad del testimonio y del ejercicio personal de sus responsabilidades" como personas religiosas.

Un neutralismo que defienda la libertad para todos, y el respeto mutuo entre los alumnos y profesores, es positivo. Lo que hace falta es que no se convierta ni en un medio de presión personal de opiniones privadas, ni en un lugar de lucha apasionada entre ideologías diversas, como ocurría en tiempo de nuestra Segunda República. Pero hoy la situación es muy distinta: España no está dividida en dos facciones irreconciliables, sino que estamos unidos en un afán de paz, libertad y seguridad sin privilegios. Hemos aprendido la difícil lección de nuestra guerra civil: no

podemos enfrentarnos los españoles entre nosotros, sino dialogar y discutir aceptando unas razonables reglas del juego que no serán las más perfectas, pero sí serán el marco para proceder sin fricciones irreconciliables.

Aquí está el ejemplo de nuestra Constitución en marcha, llena de imperfecciones, pero instrumento democrático al fin y al cabo que podemos usar inteligentemente los españoles para nuestro bien.

Lo que no puede convertirse el neutralismo es en escuela de indiferencia por los valores éticos básicos, que son los que sustentan esa convivencia pacífica y constructiva en la que hemos de ser educados.

A mí me ha chocado que hasta ahora nuestro episcopado —y sus más sumisos seguidores laicos— no se han planteado este problema. Por eso resulta escandaloso que al hablar del "bien común", tan acertadamente desarrollado como finalidad de la sociedad por los últimos Papas —sobre todo por el discutido Pío XII—, no se hayan fijado en que no se trata —dentro de la sociedad— de acordarse sólo del derecho que tengan o del privilegio que pretenden tener los católicos, sino de pensar antes en todos que en uno mismo.

Hasta ahora nadie se preocupó de levantar la voz y pedir lo que tan tradicional había sido para nuestro catolicismo del Siglo de Oro: la formación en las reglas de convivencia y ética civil, que entonces se llamaban, con expresión discutible, pero que viene a querer decir lo mismo: "la ley natural". Reglas que son propias para todo ser humano, sean sus convicciones religiosas o no-religiosas.

Hay que recuperar actualmente esta actitud ética natural y mental, que tiene mucho arraigo en el catolicismo tradicional español de nuestro Siglo de Oro, y que hoy —por falta de visión de nuestro episcopado— no hemos defendido los católicos como elemento básico para nuestra escuela estatal, y en cambio hemos pedido extemporáneamente la enseñanza religiosa en la escuela pública, sin fijarnos en las necesidades generales de esta escuela, que debe ser para todos y no para los católicos y sus propias necesidades éticas solamente.

Lo primero es ser hombres, y luego rellenar la honradez de los matices religiosos que cada uno quiera. Pero sin la base no construiremos tampoco los católicos un edificio aceptable para nuestra fe. ■